

dea, vimos los restos de un acueducto romano. El abate Mariti, acosado por el recuerdo de los frailes, dice también que este acueducto perteneció á una antigua comunidad, ó que sirvió para regar las tierras inmediatas, cuando en la llanura de Jericó se cultivaba la caña de azúcar. Si la mera vista de la obra no bastase para destruir esta absurda opinion, podría consultarse á Adricomio (*Theatrum Terræ Sanctæ*), la *Elucidatio historica Terræ-Santæ* de Cuaresmio, y la mayor parte de los ya citados viajeros. El camino que seguíamos en la montaña era ancho, y á trechos empedrado; acaso era una antigua vía romana. Pasamos al pie de una montaña coronada en otro tiempo con un castillo gótico, que protegía y cerraba el camino. Pasada esta montaña, bajamos á un negro y profundo valle, llamado en hebreo *Adommin*, ó el lugar de la sangre. Allí había una pequeña ciudad de la tribu de Judá; y en ese solitario lugar fue donde el Samaritano socorrió al viajero herido. Allí encontramos la caballería del pachá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la expedición de que hablaré mas adelante. Por fortuna, la noche nos ocultó á la vista de aquella soldadesca.

Pasamos á Bahurim, donde David, que huía de Absalon, estuvo próximo á ser apedreado por Semei. Un poco mas allá, nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con sus Apóstoles, cuando volvía de Jericó. Empezamos á subir la espalda del Monte Olivete, y atravesamos á Betania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta y el sepulcro de Lázaro. Luego bajamos del citado monte, que domina á Jerusalén, y pasamos el torrente Cedron en el valle de Josafat. Un sendero que rodea el templo y se eleva por el monte Sion, nos guió á la puerta de los Peregrinos, dando la vuelta entera á la ciudad. Eran las doce de la noche. Allí-Agá se hizo abrir; los seis árabes volvieron á Belém, y entramos en el convento. Mil siniestros rumores habian circulado respecto de nosotros, pues se decía que habíamos sido muertos por los árabes ó por la caballería del pachá, y se me acriminaba por haber emprendido este viaje con una escolta tan débil; rasgo de imprudencia, decían, propio del carácter francés. Los acontecimientos posteriores probaron, no obstante, que si no hubiese adoptado aquel partido y aprovechado las primeras horas de mi estancia en Jerusalén, nunca hubiera podido llegar al Jordan.

CUARTA PARTE.

VIAJE Á JERUSALÉM.

Ocupéme durante algunas horas en trazar con un lápiz notas relativas á los lugares que acababa de visitar, método que seguí todo el tiempo que estuve en Jerusalén, recorriéndola durante el día y escribiendo de noche. El padre procurador entró en mi aposento en la madrugada del 7 de octubre, y me refirió el desenlace de la contienda entre el pachá y el padre guardián. Convínimos, pues, en lo que debíamos hacer. Envióronse mis firmanes á Abdallah. Este se arrebató, gritó, amenazó y concluyó exigiendo á los frailes una cantidad un poco menor. Siento no poder publicar la copia de una carta escrita por el padre Buenaventura de Nola al general Sebastiani, por no permitirme la ausencia de este.

Necesitábase todo el deseo que tenía de ser útil á los religiosos de Tierra-Santa, para ocuparme de cosas ajenas al Santo Sepulcro. El mismo día, á las nueve de la mañana, salí del convento, acompañado de dos religiosos, de un dragoman, de mi criado y un genízaro, y me dirigí á pie á la iglesia que encierra el sepulcro de Jesucristo.

Todos los viajeros han descrito esta iglesia, la mas

digna de respeto en toda la tierra, ya se piense filosófica, ya cristianamente. Aquí me asalta una verdadera dificultad. ¿Debo presentar la pintura exacta de los Santos Lugares? En este caso, no puedo menos de repetir lo que ya se ha dicho, pues acaso no hay un asunto menos conocido de los lectores modernos, y no obstante, ninguno está mas completamente agotado. ¿Debo omitir esta pintura? Pero ¿no sería esto suprimir la parte mas esencial de mi viaje, haciendo desaparecer lo que constituye su fin y objeto? Despues de haber titubeado mucho tiempo, me he determinado á describir las principales estaciones de Jerusalén, cediendo á las consideraciones siguientes:

1.º Nadie lee en la actualidad las antiguas peregrinaciones á Jerusalén; y lo que es muy viejo parecerá probablemente del todo nuevo á la mayor parte de los lectores.

2.º La iglesia del Santo Sepulcro no existe ya, pues ha sido incendiada enteramente desde mi vuelta de Judea; soy, por decirlo así, el último viajero que la ha visto, y por esta razon será su último historiador.

Mas, como no aspiro á mejorar un cuadro bien hecho, me aprovecharé de los trabajos de los que me han precedido, limitándome á adornarlos con algunas observaciones.

Entre estos trabajos hubiera preferido los de los viajeros protestantes, á causa del espíritu del siglo; pues nos inclinamos en la actualidad ó rechazar lo que creemos procedente de un origen demasiado religioso. Pero por desgracia, nada satisfactorio he hallado acerca del Santo Sepulcro en Pocoke, Shaw, Maundrell, Hasselquist y algunos otros.

Despues de muchas reflexiones, me ha parecido que Deshayes, enviado en 1624 á Palestina, merece que se tome en cuenta su narración.

1.º Porque los turcos se complacieron en enseñar Jerusalén á este embajador, que hubiera entrado hasta en la mezquita del templo si hubiese querido.

2.º Porque es tan claro y exacto en el estilo un poco anticuado de su secretario, que Pablo Lucas le ha copiado testualmente, sin dar noticia del plagio, segun su costumbre.

3.º Porque d' Anville (y esta es la causa principal), tomó la carta de Deshayes por objeto de una disertación, que tal vez es la obra maestra de nuestro célebre geógrafo. Deshayes nos dará, pues, el material de la iglesia del Santo Sepulcro, y luego añadiré mis propias observaciones.

«El Santo Sepulcro y la mayor parte de los Santos-Lugares están servidos por frailes franciscanos, que se renuevan de tres en tres años; y aunque los hay de todas las naciones, todos, no obstante, pasan por franceses ó venecianos, y no subsisten sino porque están bajo la protección del rey. Há cerca de sesenta años que viven fuera de la ciudad, en el monte Sion, en el mismo lugar donde Jesucristo celebró la Cena con sus Apóstoles; pero habiendo sido su iglesia convertida en mezquita, han permanecido siempre despues en la ciudad, en el monte Giron, donde está su convento, llamado *San Salvador*, y donde el guardián reside con la comunidad, que provee de religiosos á todos los lugares de Tierra-Santa, donde es preciso que los haya.

«La iglesia del Santo Sepulcro dista doscientos pasos de este convento. Comprende el Santo Sepulcro, el monte Calvario y otros muchos lugares santos. Santa Elena hizo construir una parte de ella para cubrir el Santo Sepulcro; pero los príncipes cristianos que la sucedieron, la hicieron ensanchar para comprender el monte Calvario, que solo dista cincuenta pasos del Santo Sepulcro.

«Antiguamente el monte Calvario estaba estramuros, como ya he dicho; era el lugar donde se ejecutaba á los sentenciados; y, para que todo el pueblo pudiese asistir á la ejecución, había una gran plaza entre el

monte y la muralla de la ciudad. El resto del monte estaba rodeado de jardines, uno de los cuales pertenecía á José de Arimatea, discípulo secreto de Jesucristo, donde había mandado hacer un sepulcro para este, donde en efecto fue enterrado. Los judíos no acostumbraban dar sepultura á los cadáveres como lo hacen los cristianos. Cada uno hacía practicar, segun sus medios, en algun peñasco una especie de pequeño gabinete donde se colocaba el cadáver; y despues se cerraba este lugar con una piedra que se colocaba delante de la puerta, que por lo regular tenía cuatro piés de altura.

«La iglesia del Santo Sepulcro es muy irregular, porque su recinto se ha adaptado á los lugares que se quería encerrar en él. Tiene casi la forma de cruz; su longitud es de ciento veinte pasos, sin contar la bajada de la Invencción de la santa Cruz, y setenta de ancho. Adórnanla tres cúpulas, de los cuales la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia; su diámetro son treinta pasos, y tiene una abertura en su parte superior, como la Rotonda de Roma. Es verdad que no tiene bóveda, pues la techumbre está sostenida tan solo por unas grandes vigas de cedro, traídas del monte Líbano. En otro tiempo se entraba en esta iglesia por tres puertas, pero actualmente solo tiene una, cuyas llaves guardan los turcos, con suma vigilancia, por temor de que los peregrinos entren sin pagar los nueve sequines, ó treinta y seis libras que se les exigen; hablo de los peregrinos que vienen de la cristiandad, porque los cristianos vasallos del Gran-Señor solo pagan la mitad. Esta puerta está siempre cerrada, y solo tiene una ventanilla atravesada por una barra de hierro, por donde los de afuera dan víveres á los de dentro, quienes pertenecen á ocho diferentes naciones.

«La primera es la de los latinos ó romanos, representados por los frailes franciscanos, que guardan el Sepulcro; el lugar del Calvario donde Nuestro Señor fue clavado en la cruz; el lugar donde esta fue hallada; la piedra de la *unción*, y la capilla donde Jesucristo se apareció á la Virgen, despues de su resurrección.

«La segunda nacion es la de los griegos, que poseen el coro de la iglesia, donde ofician, y en el centro del cual hay un pequeño círculo de mármol, cuyo centro crean ser el de la tierra.

«La tercera nacion es la de los abisinios; estos tienen la capilla donde está la columna del *Improprio*.

«La cuarta nacion es la de los coftos, que son los cristianos de Egipto; tienen un pequeño oratorio inmediato al Santo Sepulcro.

«La quinta es la de los armenios; estos tienen la capilla de Santa Helena, y aquella donde fueron divididas y sorteadas la vestidura de Nuestro Señor.

«La sexta nacion es la de los nestorianos ó jacobitas, oriundos de la Caldea y la Siria; tienen una capillita próxima al lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena, llamada por esta razon *Capilla de la Magdalena*.

«La séptima nacion es la de los georgianos, que habitan entre el mar Mayor y el mar Caspio; tienen el lugar del monte Calvario donde fue levantada la Cruz, y el encierro donde permaneció Nuestro Señor, mientras se hacía el agujero para colocarla.

«La octava nacion es la de los maronitas, que habitan el monte Líbano, y reconocen al papa, como nosotros.»

«Cada nacion tiene, además de los lugares que todos los que están dentro pueden visitar, algun lugar particular en las bóvedas y ángulos de esta iglesia, que le sirve de retiro, y donde celebra el Oficio segun su respectivo rito; porque los sacerdotes y frailes que entran allí permanecen por lo regular dos meses sin salir hasta que se envían otros que les reemplazan del convento que tienen en la ciudad. Es difícil permanecer allí algun tiempo sin caer enfermo, porque el ambiente es escaso, y las bóvedas y paredes despiden una

frescura bastante insalubre; sin embargo, hallamos un buen ermitaño franciscano, que había vivido veinte años sin salir, aunque su trabajo era tan ímprobo, que tenía que cuidar de doscientas lámparas, y limpiar y adornar todos aquellos santos lugares, no pudiendo descansar mas que cuatro horas diarias.

«Al entrar en la iglesia se halla la piedra de la *unción*, en la que fue ungido con mirra é incienso el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, antes de ser depositado en el sepulcro. Algunos dicen que es de la misma piedra del Calvario, y otros aseguran que fue llevada á aquel lugar por José y Nicodemus, discípulos secretos de Jesucristo, que le tributaron este piadoso servicio. Sea de esto lo que fuere, ha sido preciso cubrirlo con mármol blanco, á causa de la indiscreta devoción de algunos peregrinos que la rompian, rodeándola además de una balaustrada de hierro para evitar que se la pise. Tiene ocho piés menos tres pulgadas de largo, y dos piés menos una pulgada de ancho, y sobre ella arden continuamente ocho lámparas.

«El Santo Sepulcro está á treinta pasos de esta piedra, exactamente en el centro de la gran cúpula de que he hablado; es de la figura de un pequeño gabinete practicado en una peña viva, con la punta de un cincel. La puerta que mira á Oriente tiene cuatro piés de altura y dos y cuarto de ancho, de modo que es preciso bajarse mucho para penetrar por ella. El interior del Sepulcro es casi cuadrado. Tiene seis piés menos una pulgada de largo, y seis menos dos pulgadas de ancho; y desde la base hasta la bóveda, ocho piés y una pulgada. Hay una especie de recodo sólido, de la misma piedra, que se dejó al labrar la roca: tiene dos piés y cuatro pulgadas y media de alto, y contiene la mitad del Sepulcro, porque tiene seis piés menos una pulgada de largo y dos piés, con dos tercias y medio de ancho. Sobre este recodo ó mesa fue colocado el cuerpo de Nuestro Señor, con la cabeza vuelta hácia el Occidente y los piés hácia el Oriente; pero á causa de la supersticiosa devoción de los orientales, que creen que dejando sus cabellos sobre esta piedra, Dios no les abandonará jamás; y también porque los peregrinos arrancaban pedazos, ha sido preciso cubrirla con mármol blanco, sobre el que se celebra actualmente la misa; cuarenta y cuatro lámparas alumbran continuamente este santo lugar; y el humo sale por tres agujeros, abiertos en la bóveda. La parte exterior del Sepulcro está también cubierto de mármol y de muchas columnas, que sostienen una cúpula.

«A la entrada de la puerta del Sepulcro hay una piedra de pié y medio en cuadro, y de un pié de espesor, perteneciente á la misma peña, la que servía de apoyo á la gruesa piedra que cerraba la puerta del Sepulcro; sobre esta piedra estaba el Angel, cuando habló á las Marías; y tanto por este misterio, cuanto por no entrar desde luego en el Santo Sepulcro, los primeros cristianos construyeron delante una pequeña capilla, llamada la *Capilla del Angel*.

«A doce pasos del Santo Sepulcro, dirigiéndose al Septentrion, encuéntrase una gran piedra de mármol gris, que tiene cerca de cuatro piés de diámetro; y ha sido colocada allí para señalar el lugar donde Nuestro Señor se apareció á la Magdalena en forma de jardinero.

«Mas adelante está la capilla de la Aparición, en la cual, segun dice la tradición, Nuestro Señor se apareció primero á la Virgen, despues de su resurrección. En este lugar celebran los oficios divinos los frailes franciscanos, y á él se retiran; porque desde aquí entran en unos aposentos que no tienen salida sino por esta capilla.

«Siguiendo la vuelta de la iglesia, hállase una capillita abovedada que tiene siete piés de largo y seis de ancho, llamada en otro tiempo la *Prisión de Nuestro Señor*, porque estuvo en este lugar mientras se hacía el agujero para clavar la Cruz. Esta capilla está en la

parte opuesta del monte Calvario; de modo que estos dos lugares forman el crucero de la iglesia, porque el monte está al Mediodía y la iglesia al Norte.

»A corta distancia de allí hay otra capilla de cinco pasos de largo y tres de ancho, situada en el mismo lugar donde Jesucristo fue desnudado por los soldados antes de ser clavado á la Cruz, y donde su vestidura fue sorteada y repartida.

»Al salir de esta capilla, encuéntrase á mano izquierda una espaciosa escalera que atraviesa la pared de la iglesia, para bajar á una especie de bodega, tallada en la piedra. Despues de bajar treinta escalones, se ve una capilla á mano izquierda, llamada vulgarmente la *Capilla de Santa Elena*, porque esta oraba en ella, mientras hacia buscar la santa Cruz. Bájense once escalones mas hasta el lugar donde esta fue hallada con los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian sido escondidos en aquel lugar hacia mas de trescientos años.

»Cerca de esta escalera y con direccion al Calvario hay una capilla que tiene cuatro pasos de largo, y dos y medio de ancho, al pié de cuyo altar se ve una columna de mármol gris jaspeado con manchas negras, que tiene dos piés de alto y uno de diámetro. Llámase la *Columna del Improperio*, porque se obligó á Nuestro Señor á sentarse en ella para coronarle de espinas.

»A diez pasos de esta capilla hay una escalera muy estrecha, cuyos escalones son de madera al principio, y de piedra al fin. Hay veinte, y por ellos se llega al monte Calvario. Este lugar, tan ignominioso en otro tiempo, fue luego santificado con la sangre de Nuestro Señor; por esta razon, los primeros cristianos lo miraron con particular esmero; y despues de haberlo desembarazado de todas las inmundicias y de toda la tierra, lo rodearon de paredes; de modo que en la actualidad es una capilla alta y encerrada en esta espaciosa iglesia; está cubierta interiormente de mármoles y dividida en dos mitades por medio de una arcada. La parte que mira al Septentrion es el lugar en donde Nuestro Señor fue clavado en la Cruz. Hay siempre treinta y dos lámparas á cargo de los franciscanos, que celebran diariamente la misa en este santo lugar.

»En la otra parte que mira al Mediodía, fue colocada la santa Cruz. Aun se ve el agujero abierto en el peñasco, como de pié y medio de profundidad, sin contar la tierra que estaba encima. Próximo á este se hallaba el lugar donde estaban las cruces de los dos ladrones. La del buen ladrón miraba al Norte y la del malo á Mediodía; de manera que el primero estaba á la derecha de Jesucristo, que tenia vuelto el rostro á Occidente y la espalda hácia Jerusalém, que miraba á Oriente. Cincuenta lámparas arden continuamente para honrar este santo lugar.

»En el pavimento de esta capilla están las sepulturas de Godofredo de Bullon y de su hermano Balduino, y en ellas se leen estas inscripciones:

HIC JACET INCLYTUS DUX GODEFRIDUS DE
BULION, QUI TOTAM ISTAM TERRAM AC-
QUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA
REGNET CUM CHRISTO AMEN.
REX BALDUINUS, JUDAS ALTER MACHABEUS,
SPES PATRIÆ, VIGOR ECCLESIE, VIRTUS ETRIUSQUE,
QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT
CEDAR ET ÆGYPTUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS.
PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO.

»El monte Calvario es la última estacion de la iglesia del Santo Sepulcro, porque á veinte pasos de allí se halla la piedra de la *uncion*, que está precisamente á la entrada de la iglesia.

Habiendo Deshayes descrito tan metódicamente cual acaba de verse, tantos lugares dignos de vene-

racion, solo me resta presentar á los lectores su conjunto.

Vemos desde fuego que la iglesia del Santo Sepulcro se compone de tres iglesias: la del Santo Sepulcro, la del Calvario, y la de la Invencion de la santa Cruz.

La iglesia propiamente dicha del Santo Sepulcro, está construida en el valle del monte Calvario, sobre el terreno donde se sabe que Jesucristo fue sepultado. Esta iglesia forma una cruz; la misma capilla del Santo Sepulcro no es realmente otra cosa que la gran nave del edificio; es circular como el Panteon de Roma, y solo recibe luz por una cúpula debajo de la cual se halla el Santo Sepulcro. Diez y seis columnas de mármol adornan la circunferencia de esta rotonda, y sostienen, describiendo diez y siete arcadas, una galería superior compuesta tambien de diez columnas y diez y siete arcadas mas pequeñas que las columnas y las arcadas que las sostienen. Unos nichos que corresponden á las arcadas se levantan sobre el friso de la última galería, y la cúpula arranca en el arco de estos nichos, que en otro tiempo estaban adornados de mosaicos que representaban los doce Apóstoles, santa Elena, el emperador Constantino, y otros tres retratos desconocidos.

El coro de la iglesia del Santo Sepulcro está al Oriente de la nave de este; y es doble, como en las antiguas basílicas; es decir, que tiene un recinto exterior con sillería para los sacerdotes, y un santuario que se levanta en dos escalones sobre el primero. En derredor de este doble santuario están las alas del coro, y en ellas se ven las capillas descritas por Deshayes.

Tambien en el ala derecha y á espalda del coro se abren las dos escaleras que conducen, una á la iglesia del Calvario, y otra á la de la Invencion de la Santa Cruz; la primera sube á la cima del Calvario; la segunda conduce al pié de este; en efecto, la Cruz fue clavada en la cumbre del Gólgota y encontrada debajo de esta montaña. Así, pues, compendiando esta descripción, diré que la iglesia del Santo Sepulcro está construida al pié del Calvario, y que confina por su lado oriental con este montecillo, bajo el cual y sobre el cual se han construido otras dos iglesias, que comunican por medio de paredes y de escaleras abovedadas, con el monumento principal.

La arquitectura de la iglesia es evidentemente del siglo de Constantino, pues el órden corinto domina en toda ella. Los pilares son pesados ó ligeros, y su diámetro está casi siempre en notable desproporcion con la altura. Algunas columnas pareadas que sostienen el friso del coro, presentan, no obstante, un estilo bastante bueno. Siendo la iglesia baja y espaciosa, las cornisas parecen bastante grandes; pero como há cerca de sesenta años que se ha rebajado la arcada que separa el coro de la nave, el rayo horizontal está interrumpido, y la vista no descubre el conjunto de la bóveda.

La iglesia no tiene peristilo, y se entra en ella por dos puertas laterales; pero solo hay una abierta. Por esta causa parece que el monumento no ha tenido ornamentacion exterior. Por otra parte, está desfigurada por los tugurios y conventos griegos contiguos á sus paredes.

El pequeño monumento de mármol que cubre el Santo Sepulcro, tiene la figura de un catafalco adornado de arcos semi-góticos, embutidos en los llenos del catafalco; elevase tambien bajo la cúpula por donde recibe la luz; pero está desfigurado por una capilla maciza que los armenios han logrado el permiso de edificar en una de sus estremidades. El interior del catafalco encierra un sepulcro de mármol blanco muy sencillo, que se apoya por un lado en un costado del monumento, y sirve de altar á los religiosos católicos: este es el sepulcro de Jesucristo.

El origen de la iglesia del Santo Sepulcro es muy

antiguo. El autor del *Epítome* de las guerras sagradas (*Epítome bellorum sacrorum*), dice que cuarenta y seis años despues de la destruccion de Jerusalém por Vespasiano y Tito, los cristianos consiguieron de Adriano el permiso de edificar, ó por mejor decir, de reedificar un templo sobre el sepulcro de su Dios, y de encerrar dentro de la nueva ciudad los demás lugares reverenciados por ellos. Añade que este templo fue ensanchado y reparado por Elena, madre de Constantino. Cuaresmio impugna esta opinion, diciendo que los fieles no lograron hasta el reinado de Constantino el permiso de erigir estos templos. Pero el sábio religioso olvida que antes de la persecucion de Diocleciano los cristianos poseian muchas iglesias y celebraban públicamente sus misterios. Lactancio y Eusebio encarecen la riqueza y la prosperidad de los fieles en aquella época.

Otros autores fidedignos, entre ellos Sozomeno, en el segundo libro de su *Historia*; San Jerónimo, en sus *Epístolas* á Paulino y Rufino; Severo, libro II; Nicéforo, libro XVIII; y Eusebio en la *Vida de Constantino*, nos dicen que los paganos rodearon con una pared los Santos Lugares; que levantaron una estatua á Júpiter sobre el sepulcro de Jesucristo, y otra á Venus, sobre el Calvario, y que consagraron un bosque á Adonis sobre la cuna del Salvador. Estos testimonios patentizan igualmente la antigüedad del verdadero culto en Jerusalém, por la profanacion misma de los lugares sagrados, y prueban que los cristianos tenian santuarios en ellos (1).

Sea de esto lo que fuere, la fundacion de la iglesia del Santo Sepulcro pertenece por lo menos al reinado de Constantino, pues tenemos una carta de este príncipe en que manda á Macario, obispo de Jerusalém, construir una iglesia en el lugar donde se cumplió el gran misterio de la Redencion. Eusebio nos ha conservado esta carta. El obispo de Cesarea hace luego la descripción de la nueva iglesia, cuya dedicacion duró ocho dias. Si fuese necesario apoyar la relacion de Eusebio con testimonios extranjeros, tendríamos el de San Cirilo, obispo de Jerusalém. (*Catéch.* 1-10-13); el de Théodoreto, y aun del *Itinerario de Burdeos á Jerusalém en 333*: *Ibidem, jussu Constantini imperatoris, basilica facta est miræ pulchritudinis.*

Esta iglesia fue destruida por Cosroés II, rey de Persia, cerca de tres siglos despues de haber sido edificada por Constantino. Heraclio reconquistó la verdadera cruz, y Modesto, obispo de Jerusalém, restableció la iglesia del Santo Sepulcro. Algun tiempo despues el califa Omar se apoderó de Jerusalém; pero dejó á los cristianos el libre ejercicio de su culto. Hácia el año 1009, Hequem ó Hakem, que reinaba en Egipto, arrojó el sepulcro de Jesucristo. Unos dicen que la madre de este príncipe, que era cristiana, hizo levantar de nuevo las paredes de la demolida iglesia; otros aseguran que el hijo del califa de Egipto permitió á los fieles, á ruegos del emperador Argirópilo, encerrar los Santos Lugares en un monumento nuevo. Pero como en la época del reinado de Hakem los cristianos de Jerusalém no eran bastante ricos, ni bastante inteligentes para construir el edificio que cubre actualmente el Calvario; y como, á pesar de un pasaje muy sospechoso de Guillermo de Tiro, nada indica que los cruzados hayan hecho construir en Jerusalém una iglesia del Santo Sepulcro, es probable que la fundada por Constantino ha subsistido siempre tal cual la vemos, á lo menos por lo que respecta á las paredes. La mera inspeccion de su arquitectura basta para corroborar mi aserto.

Habiéndose apoderado de Jerusalém el 15 de julio de 1099, los cruzados arrancaron el sepulcro de Jesucristo al poder de los infieles, y permaneció ochenta y ocho años bajo el de los sucesores de Godofredo.

(1) Véase la segunda Memoria de la *Introduccion*.

Cuando Jerusalém volvió á caer bajo el yugo musulmán, los sirios rescataron á precio de oro la iglesia del Santo Sepulcro, y los frailes acudieron á defender con sus oraciones unos lugares inútilmente confiados á las armas de los reyes; así, á través de mil revoluciones, la fe de los primeros cristianos nos habia conservado un templo cuya ruina debia presenciar nuestro siglo.

Los viajeros antiguos eran harto felices, pues no se veian precisados á entrar en estas polémicas: en primer lugar, porque hallaban en los lectores la religion que nunca disputa con la verdad; en segundo, porque todos estaban persuadidos de que el unico medio de ver un país tal cual es, es verlo con todas sus tradiciones, con todos sus recuerdos. En efecto, la Tierra-Santa debe recorrerse con la Biblia y el Evangelio en la mano. Si se intenta llevar á ella un espíritu de controversia y de escarnio, la Judea no merece el trabajo de que se la vaya á buscar á tanta distancia. ¿Qué se diria de un hombre que al recorrer la Grecia y la Italia, solo se ocupase en contradecir á Virgilio y Homero? Hé aquí, sin embargo, cómo se viaja en nuestros dias; triste efecto de nuestro orgullo, que quiere hacernos pasar por sabios, haciéndonos desdeñosos.

Tal vez me preguntarán ahora los lectores cristianos cuales fueron los sentimientos que esperimé al entrar en aquel venerando lugar: en realidad, no puedo decirlo. Asaltaron simultáneamente mi espíritu tantas ideas, que en ninguna particular me detenia. Permanecí de rodillas media hora en el pequeño recinto del Santo Sepulcro, con la vista fija en la piedra, sin poder separarla de ella. Uno de los dos religiosos que me acompañaban, permanecia á mi lado con la frente apoyada en el mármol, mientras el otro, que tenia el Evangelio en la mano, me leia, á la luz de las lámparas, los pasajes relativos al Santo Sepulcro, y entre uno y otro versículo recitaba una oracion. Lo único que puedo asegurar es que á la vista de aquel vencedor sepulcro solo sentí mi propia pequeñez; y cuando el religioso exclamó con San Pablo: *Ubi est Mors, victoria tua? Ubi est Mors, stimulus tuus?* apliqué el oido, como si la Muerte fuese á responder que estaba vencida y encadenada en aquel monumento.

Recorrimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. ¿Dónde hallar en la antigüedad cosa alguna tan tierna y maravillosa como las últimas escenas del Evangelio? No son estas las caprichosas aventuras de una divinidad extraña á la humanidad, sino la historia mas patética; historia que no solo hace verter lágrimas por su hermosura, sino que sus conseqüencias, aplicadas al universo, han cambiado la faz de la tierra. Acababa de visitar los monumentos de la Grecia, y mi alma estaba aun llena de su grandeza; mas; ¡cuán lejos estaban de inspirarme lo que esperiméntaba á la vista de aquellos santos lugares!

La iglesia del Santo Sepulcro, compuesta de muchas iglesias, construida sobre un terreno desigual, alumbrada por multitud de lámparas, es tan misteriosa que reina en ella una oscuridad favorable á la devocion y al recogimiento interior. Los sacerdotes cristianos de las diversas sectas habitan las diferentes partes del edificio.

Desde lo alto de las arcadas, donde aquellos se anidan á manera de palomas, y desde el fondo de las capillas y los subterráneos, hacen oír sus cánticos á todas las horas del día y de la noche: el órgano del religioso latino; los címbalos del sacerdote abisinio; la voz del monge griego; la oracion del solitario armenio, y la especie de lamento del fraile copto, hieren alternativa ó simultáneamente el oido; no se sabe de donde parten aquellos conciertos; respirase el olor del incienso, sin que descubra la mano que lo quema; tan solo se ve pasar, ocultarse detrás de las columnas, y perderse en las sombras del templo al pontifice, que va á celebrar los misterios mas formidables, en los mismos lugares donde se cumplieron.

No sali del sagrado recinto sin detenerme en los monumentos de Godofredo y de Balduino, que están en frente de la puerta de la iglesia, y se apoyan en la pared del coro. Saludé las cenizas de estos reyes caballeros, que merecieron descansar cerca del gran sepulcro que rescataron.

Volví al convento á las once, y sali de nuevo á medio día para seguir la *Via Dolorosa*; dáse este nombre

al camino que recorrió el Salvador del mundo, al trasladarse de la casa de Pilatos al Calvario.

La casa de Pilatos es una ruina desde donde se descubre el espacioso solar del templo de Salomon, y la mezquita construida en él.

Jesucristo, despues de haber sido azotado, coronado de espinas y cubierto con una túnica de púrpura, fue presentado á los judíos por Pilatos; y aun se ve la



IGLESIA SUBTERRÁNEA DE BELEM.

ventana desde donde pronunció el memorable *Ecce Homo*.

Segun la tradicion latina en Jerusalém, la corona de Jesucristo fue tomada del árbol espinoso *lycium spinosum*. Pero el sabio botánico Hasselquist cree que para esta corona se empleó el *nabka* de los árabes.

La razon que al efecto aduce merece ser reproducida:

«Todo induce á creer que del *nabka* se formó la corona que se puso á Jesucristo, pues es muy comun en Oriente. No podia escogerse una planta mas á propósito para este uso, porque está armada de espinas; sus ramas son ligeras y flexibles, y sus hojas, de

»color verde-subido, como las de la yedra. Acaso los verdugos eligieron, para añadir el escarnio al castigo, una planta parecida á la que se usaba para coronar á los emperadores y generales.»

Otra tradicion conserva en Jerusalém la sentencia pronunciada por Pilatos contra el Salvador del mundo:

Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Cæsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et eum in ludibriis regie majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruce.

A cien pasos del arco del *Ecce-Homo*, me enseñaron á la izquierda las ruinas de una iglesia consagrada en otro tiempo á la Virgen de los Dolores. En este lugar halló María á su Hijo, cargado con la cruz despues de haber sido espulsada por los guardias. Este hecho no se refiere en los Evangelios; pero merece una fe general por la autoridad de San Bonifacio y San Anselmo. El primero dice que la Virgen cayó como medio muerta, y que no pudo pronunciar ni una palabra: *Nec verbum dicere potuit*. El segundo asegura que

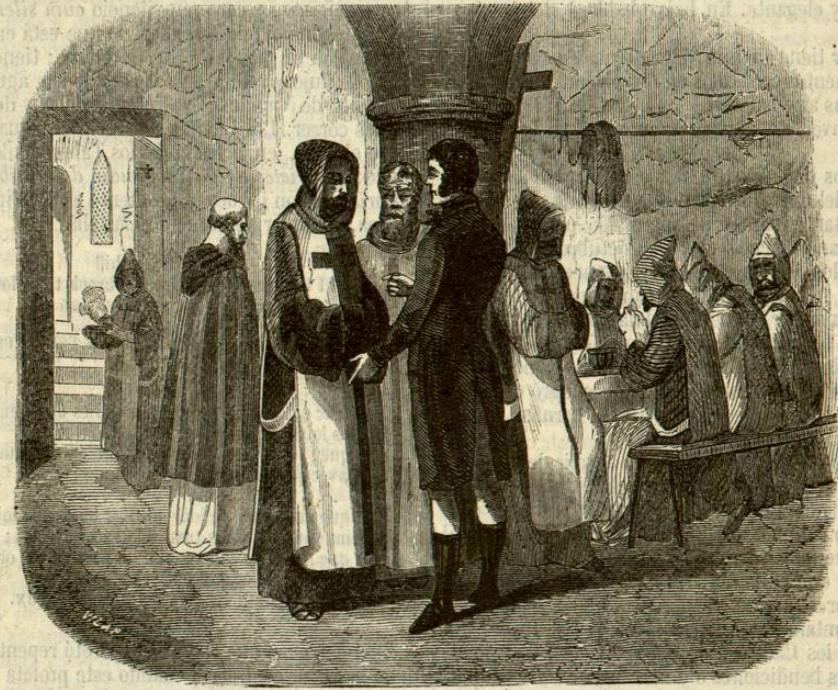
Jesucristo la saludó con estas palabras: *Salve, Mater*. Como volvemos á hallar á María el pié de la Cruz, la relacion de estos Padres es muy probable; la fe no se opone á estas tradiciones, que muestran hasta qué punto está grabada en la memoria de los hombres la maravillosa y sublime historia de la Pasion. El trascurso de diez y ocho siglos; interminables persecuciones; revoluciones eternas, y ruinas siempre crecientes, no han podido borrar ú ocultar las huellas de una madre que fue á llorar á su hijo.

Cincuenta pasos mas allá encontramos el lugar donde Simon el Cirineo ayudó á Jesucristo á llevar su cruz.

Aquí, el camino que se dirigia de Oriente á Occidente, forma un ángulo hácia el Norte; á la derecha vi el lugar donde vivia Lázaro el pobre, y en frente, al otro lado de la calle, la casa del mal rico.

San Crisóstomo, San Ambrosio y San Cirilo han creido que la historia de Lázaro y del mal rico no era una simple parábola, sino un hecho real y conocido. Los judíos nos han conservado el nombre del mal rico, que se llamaba *Nabal*.

Despues de haber pasado la casa de este, se vuelve



UN FRANCÉS ENTRE LOS RELIGIOSOS DE BELEM.

á la derecha y se toma la direccion del Poniente. A la entrada de esta calle que guia al Calvario, Jesucristo halló á las santas mujeres que le lloraron.

A cien pasos de allí se muestra el sitio donde estuvo la casa de Verónica, y el lugar donde esta limpió el rostro del Salvador. El primer nombre de esta mujer era Berenice, y luego fue cambiado en el de *Vericon*, verdadera imágen, por la trasposicion de dos letras; estos cambios eran muy frecuentes en los idiomas antiguos.

Despues de haber andado cien pasos, se halla la puerta Judiciaria; por ella salian los sentenciados á muerte al Gólgota. Este monte, actualmente encerrado en la nueva ciudad, estaba estramuros de la antigua Jerusalém.

Desde la puerta Judiciaria hasta la cima del Calva-

rio median aproximadamente doscientos pasos; allí termina la *Via-Dolorosa*, que puede tener en su totalidad una milla de longitud. Ya hemos visto que el Calvario está comprendido ahora en la iglesia del Santo Sepulcro. Si los que leen la Pasion en el Evangelio se sienten poseidos de una santa tristeza y de una admiracion profunda, ¿cuál será la que se sienta al seguir sus escenas al pié de la montaña de Sion, á la vista del Templo, y en los mismos muros de Jerusalém!

Despues de la descripcion de la *Via-Dolorosa* y de la iglesia del Santo Sepulcro, solo diré algunas palabras acerca de los demás lugares de devocion que se hallan en el recinto de la ciudad. Me contentaré con nombrarlos en el órden con que los recorrí durante mi estancia en Jerusalém.

1.º La casa del Pontífice Anás, cerca de la puerta